

¿QUÉ IMPORTANTE ES TENER MODELOS!

La personalidad constituye uno de los grandes temas de la psicología. Cada uno tiene que ir construyendo y organizando un estilo propio, una forma de ser. Será el sello particular que imprimamos a nuestra conducta, aquello que se destacará por encima de casi todo y que a la larga conduce a «encontrarse a sí mismo», a estar contento con uno mismo y a alcanzar un cierto equilibrio psicológico.

Hay varias preguntas básicas que uno se va haciendo a medida que se desarrolla psicológicamente: ¿Quién soy yo?, ¿dónde estoy?, ¿qué quiero hacer con mi vida? Entre todas ellas hay una continuidad. Ahí empiezan a ensayarse diversos roles. En ese medio entra en función la importancia del modelo de identidad, que puede definirse así: es un prototipo humano que se descubre, que sirve de ejemplo atractivo y que empuja a seguirlo, a imitarlo en sus distintos aspectos. Esta definición nos pone sobre la pista de sus principales características:

1. Hay una primera etapa en la cual uno se sorprende al conocer a una persona que muestra una serie de rasgos, que resultan sugerentes y ante los que uno se detiene. Decimos en el lenguaje coloquial: «Me llamó mucho la atención esta persona», «encontré que tenía para mí algo especial»... ahí arranca, se inicia este proceso psicológico.

2. Se trata, de alguna manera, de una lección abierta, que resulta enormemente sugerente y uno, por ello, quisiera ir en esa dirección. Esa persona al ser contemplada produce un cierto sentimiento de admiración y provoca una reacción de copia o reproducción. En psicología hablamos de «aprendizaje por observación», el cual se mueve dentro de un sistema de referencias que abarca tanto aspectos físicos, psicológicos, sociales, culturales y profesionales. Y que se expresa en lenguaje vulgar así: «Me gustaría llegar a ser como...», «quisiera parecerme a...», «para mí esta persona es como mi ídolo y quiero conocerlo más y ahondar en su personalidad».

3. Todo va respondiendo a un proceso gradual y progresivo de «imitación», hecho universalmente observado. Pero siendo objetivos en el análisis, es difícil que esto esté encarnado en una sola persona, ya que ésta puede ofrecer un aspecto parcial interesante. Hay, pues, una cierta indefinición difusa, que obliga a buscar ejemplos y estilos y modos que sean tentadores y se muestren con suficiente fuerza para seguirlos. Es menester espigar lo que interesa y dejar de lado lo superfluo. Hace ya unos años, dos grandes investigadores, Miller y Dollard, diseñaron la «social learning theory», la teoría sobre cómo se producía el aprendizaje social. Los estudios posteriores de Bandura han puesto de relieve que todo aprendizaje es esencialmente cognitivo, es decir, mentalmente se van descubriendo sus variables y en nuestra mente se opera un procesamiento de esa información que ha ido llegando, con lo que la imitación nunca será mimética y puntual, sino que contará con la participación del sujeto que está troquelando su personalidad.

Las cosas vistas desde fuera son más sencillas, pero desde dentro, metidos en la oceanografía de la conducta, obedecen a unas leyes, siguen unos pasos, se mueven dentro de unos esquemas que pueden ser estudiados científicamente. Pensemos en lo que sucede con la televisión. Como es un medio de comunicación que llega a todo el mundo y que mucha gente la ve sin espíritu crítico, se produce una ten-

dencia bastante masiva a hacer y decir las cosas que allí aparecen. Esto lleva a una uniformidad no sólo de criterios, sino también de comportamientos.

Del modelo aprendemos. Nos educa en el sentido etimológico de la palabra: «educere» y «educare», extraer, sacar fuera, o ir conduciendo de un lugar a otro. Educar es ayudar a alguien para que se desarrolle y perfeccione en los diferentes planos que tiene la naturaleza humana. Es comunicar conocimientos y promover actitudes, para que alguien se convierta en persona más libre e independiente, más madura, con más criterio. Aprender a vivir es una operación dolorosa, que debe hacerse con modelos de identidad firmes, coherentes y con solidez de futuro: El modelo es un ideal a imitar, costoso pero accesible.

Al joven, cuanto más se le exige más puede dar. Lo que falta hoy en el mundo actual son modelos auténticos, que tengan la suficiente fuerza, exigencia y atractivo como para servir de espejo, en donde el joven y el menos joven se pueda mirar y seguir con esa senda. Desde ahí se iniciará la gran tarea de ser dueño del propio destino, ir llevando la andadura biográfica pilotada por uno mismo, sabiendo lo que se quiere y poniendo los medios para irlo consiguiendo. Pero si uno está perdido, si no sabe lo que quiere, ni adónde va, es difícil que programe personalmente. Es esencial estar motivado. La motivación no es otra cosa que tener la ilusión de alcanzar alguna meta, objetivo o reto, lo cual nos empuja a la acción. Es el viejo dilema de «medios» y «fines». La meta es un estímulo para superar los momentos difíciles, de desfallecimiento, cuando se nubla el horizonte y todo se hace cuesta arriba. Los medios son muy claros, una vez que sabemos lo que queremos: «orden, constancia y voluntad». O dicho de modo más sintético: todo progreso humano tiene su principal motor en la voluntad. «El precio del hombre vale lo que vale su voluntad». Voluntad y motivación forman un binomio estrechamente relacionado.

La identidad se vertebra en los planos físico, psicológico, espiritual, social y profesional. Dicho de forma más académica: encontrarse a sí mismo (personalidad), tener unos presupuestos básicos bien estructurados sobre la afectividad (amor), diseñar lo mejor posible cómo quiere uno que vaya circulando su actividad profesional (trabajo) y tener un contenido que ayude a interpretar la vida, en medio de los cambios y vicisitudes y giros surgidos por los vientos que corren (cultura).

«El modelo de identidad debe abarcar estos cuatro elementos: personalidad, amor, trabajo y cultura. Del coro de personajes más o menos interesantes que aparecen ante nosotros, hay que extraer los que merecen más la pena. Lo primero y principal es la personalidad: la forma de ser, el estilo propio, la forma habitual de mostrarse uno consigo mismo y con los demás. Esa es la puerta de entrada, el punto de partida.

El amor tiene también un papel relevante. Enamorarse —sobre todo cuando uno es joven— podemos considerarlo como un intento de definir la propia identidad. A través de una rela-

ción íntima, se exploran los sentimientos propios y ajenos, con el fin de irlos definiendo y ajustándolos dentro de un esquema sencillo y cohe-

rente. Hoy, las revistas del corazón tienen un enorme influjo negativo: nos presentan la vida sentimental como un caleidoscopio móvil, que oscila sin control, que va y que viene y en el que lo importante es dejarse llevar por él. Con lo que se deja al influjo de los vientos exteriores

uno de los segmentos más importantes de la existencia humana. «Porque no sólo se imita lo de fuera, sino también lo de dentro». Cuando uno ve una y otra vez elevados de nivel y con carta de ciudadanía, las relaciones sentimentales sin vínculos, sin compromiso y todo preparado para el cambio y la ruptura, es lógico que muchos no quieran embarcarse en ninguna empresa afectiva, sobre todo cuando hay pocos referentes que les sirvan de fundamento y base para construir una relación de pareja sólida, capaz de durar para siempre.

El trabajo es el acompañante diario del ser humano. No se hace un profesional de hoy para

mañana, sino mediante esfuerzos titánicos, en donde uno trata de descifrar las claves esenciales para llegar a ser alguien que domine una tarea concreta convertida en argumento principal.

La cultura hoy está pasando una etapa de empobrecimiento general. Se han multiplicado los medios de comunicación social para unificar al hombre y de alguna manera, robotizarlo. La cultura es libertad. Ser libre es saber interpretar la vida y tener respuesta para sus principales interrogantes. La permisividad y el relativismo son derrribados cuando hay una visión sosegada, positiva y trascendente de lo que es la vida.

El conocimiento es importante para llegar a un cierto grado de felicidad. La pasión por saber empieza por conocerse uno bien a sí mismo y continúa por captar nuestra circunstancia. Si la vida es un conjunto de costumbres, es básico tener claro dónde uno está y hacia dónde se dirige, porque la existencia es como un viaje: es menester dirigirse hacia la meta soñada, sorteando y esquivando los obstáculos del camino.

En toda esa travesía lo importante es el amor, esto es lo esencial. Pero hoy lo que muchos buscan son respuestas rápidas, recetas de cocina para funcionar bien y punto. Pero el amor necesita tiempo. El buen amor se hace como el buen vino: necesita reposo y buenas cubas donde criarse, pero lo más importante es la calidad de la uva.

La vida es un jeroglífico. Es necesario saber descifrarlo. Lo importante no es hacer preguntas incisivas, sino tener respuestas certeras. Y las mejores vienen de vidas ejemplares, coherentes, esforzadas, talladas en la orfebrería del corazón y la cabeza, hechas con materiales consistentes.

Hoy nos encontramos con que hay muchos profesores y pocos maestros. El primero tiene alumnos; el segundo, discípulos. Aquél enseña una disciplina: matemáticas, historia, geometría, economía...; éste, el maestro, propone con su estilo y trayectoria, un modelo de identidad: es un referente. Por esos derroteros llega uno a la cima de aquella sentencia clásica: «Et principem omnis possessionis suae», el principio de todo es la posesión de uno mismo.



Enrique Rojas
Catedrático